

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

LAS CASAS DE PADRINO.

Por Federico Villoch.

Casas de  
empeño

**Q**UIEN no se ha visto en su juventud, o en su época de estudiante, asaltado más de una vez por uno de esos apuros económicos, improrrogables, autoritarios, que nos obligan a ir a la carrera a «Casa de Padrino»—la casa de empeño—para dejar en ella una sortija, un reloj, un libro de texto, una prenda cualquiera, en fin, a cambio, de un par de pesos, mientras se cobre el humilde sueldo de escribiente o se reciba la modesta pensión que la familia nos remite todos los meses? No hay por qué avergonzarse de confesarlo. Tenemos por esos mundos de los archivos de periódicos y viejas revistas literarias, no recordamos si en «El Figaro», de Pichardo, «La Habana Elegante», de Hernández Miyares, o «El Hogar», de Zamora, un cuento que escribimos hace una buena ristra de años, en semejantes circunstancias, titulado «El reloj de ida y vuelta», en el que uno, empeñado irremisiblemente todos los fines de mes por su dueño, y sacado libre por el mismo a principios del otro subsiguiente, le refiere a éste, para su consuelo y rehabilitación, todo lo que ha visto y oído en aquella acogedora casa de préstamos, durante los diez o doce días de su reclusión obligada: allí ha visto el susodicho reloj desfilar un día y otro, magistrados muy respetables; pensionados de la más acrisolada historia cívica; financieros del más amplio crédito; señores de los apellidos más ilustres; caballeros de los de más lustrosas chisteras; artistas de los más gloriosos, jóvenes, viejos, blancos, negros, individuos de todos los tamaños y colores, han ido ellos en persona, o enviado a sus representantes autorizados, en pos de la ayuda momentánea e imprescindible, en cambio de joyas, coronas, medallas, valores, que no siempre tienen la dicha y el orgullo de volver al hogar paterno, como el humilde relojillo del cuento, que de la mala suerte, como de la muerte, dijo Jorge Manrique, podría decirse:

**Contra ella no hay cosa fuerte  
que a Papas y Emperadrces,  
y Prelados,  
igual los trata la suerte  
como a los pobres pastores  
de ganados.**

Se empeña todo, hasta lo más inconcebible: el frac de las recepciones, el clac de las veladas elegantes, el ramo de azahar de la pasada boda—presagio de divorcio—, los pantalones, la ropa interior, togas, birretes, sábanas, frazadas fundas; se empeña hasta «la camisa», según dice la frase popular significando que se ha agotado ya todo lo empeñable. La trastienda de una casa de empeño recuerda el hacinamiento de cosas y objetos de una casa en fuga, obligada por un saqueo, por un incendio, por una catástrofe inesperada, de la que se huye en loca carrera llevándose consigo todo lo pueda

salvarse; libros, muebles, vajillas, lámparas, semicupios, jofainas, jarrones, sillas, divanes, espejos, el «mundo colorado». Se empeña, en fin, hasta la suerte; y a ese respecto recordamos un empeñista amigo nuestro, Enrique Chao Floreiro, hoy establecido en el Cerro, al que una vez, no ha muchos años, le empeñaron en dos pesos, veinte décimos de la Lotería Nacional—el número 14.346—no pudo, o no quiso, o desconfió su propietario de que saliese premiado; y, efectivamente, verificado el sorteo ¡Chao se sacó catorce mil pesos, los que empleó, muy frescamente, en la compra de dos magníficas casas! Por eso dice el cantar:

**No creas que la fortuna  
de nos se acerca o se aparta,  
que si el anillo es de suerte,  
él solo viene y se ensarta.**

Conocimos un compañero nuestro en la antigua Universidad de O'Reilly que tenía empeñado en una escondida casa de préstamos del barrio de Tallapiedra, su texto de Derecho Romano; y que iba allí todos los días a emplear una hora en su estudio. Y lo que decía el propio empeñista, que era un madrileño cerrado:

—¡No hay derecho!

Este asunto del empeño se ha llevado varias veces al teatro, por lo general, con buena suerte. El repertorio del género chico español, muy variado y de gran valor, por cierto, cuenta con no pocas piecillas y sainetes muy aplaudidos, entre los que se destaca el del fecundo autor de aquella época, José Jackson Veyan, titulado «La Casa de Préstamos», en una de cuyas escenas, escrita en fáciles e inspiradas redondillas, aparece un pobre maestro de escuela—aquellos infelices maestros que no soñaban cobrar la millonésima del presupuesto nacional—el que, impulsado por el hambre y la miseria, viene a empeñar una edición de lujo que posee de «Don Quijote». En ese papel era siempre ovacionado el actor de la compañía de Albisu, Manuel Areu, tan querido del público habanero. En otra piecilla aparece un cesante de aquellos clásicos de entonces, que intenta empeñar su dentadura postiza, porque como él dice:

**¿para qué quiero los dientes,  
si no tengo qué comer?**

No siempre se empeña por necesidad. Las más de las veces está de por medio la vanidad, y casi siempre, el vicio. Larra dice de este ajetreo y maremagnum de la vida desordenada, en su artículo «Empeños y Desempeños», pleno de color e ironía, como todos los suyos: «¿Es posible que se viva de esta manera? Pero ¿qué mucho, si el artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado título, el título Grande, y el Grande, Frincipe? ¿Cómo se puede vivir haciendo menos papel que el vecino? ¡Bien haya el lujo! ¡bien haya la vanidad! ¡Oh, utilidad de los usureros!...»

MONIO  
DOCUMENTAL

2

Todas las casas de empeño, en la Habana como en Nueva York, igual en Londres que en París, suelen estar situadas cerca unas de otras, o en el mismo barrio, por lo menos. Aquí en la Habana, la calle de Bernaza era la destinada para esos menesteres. Hoy abundan en la calle de la Salud. Recientemente dedicamos uno de nuestros paseos matutinos a la calle de Bernaza entre Obispo y Obrapia, no para empeñar nada, gracias a Dios; sino para recordar, casa por casa, aquel tramo de calle que fué uno de los más animados y concurridos de aquella Habana ochocentista de tan grata memoria, frecuente motivo de nuestras viejas postales descoloridas. No es ni la sombra de aquella primera cuadra de Bernaza tan alegre, tan visitada de otros tiempos. La

llamaban la calle de los brillantes. En Lisboa las calles en que se encuentran instaladas las joyerías y platerías, se llaman las calles del Oro y de la Plata. En New York, Maiden Street, calle de las Doncellas. En Madrid, con relación al número de sus habitantes, aquella villa y corte tenía hasta el momento de constituirse la República Española más casas de empeño que ninguna otra ciudad del mundo: pasaban entonces de setenta y pico. Conocimos dos muy populares, la de la calle del Pez, donde no se admitía ropa de faldones—frac, chaquet o levita—sino nada más que americanas, ó sacos; y la de la Cava-Baja, que contaba con una enorme cantidad de chalecos empeñados, de todas clases y colores. Nuestro viejo compañero y colega Gustavo Robreño, con su gracia característica, nos cuenta de su época de bohemio en aquella villa lances comiquísimos, como aquél de atravesar toda la calle de Preciados, envuelto en una doble capa de invierno, en pleno mes de agosto—¡y hay que ver lo que es ese mesecito en Madrid!—por no tener una americana con que salir a la calle, causando la chacota de la granujería madrileña.

Por aquella época, las casas de empeño de la corte habían acordado no aceptar el empeño de capas, tal era el inmenso número de ellas que les llevaban. ¡Supremo encanto ese de conocerlo y gozarlo todo en la vida!...

Preguntándole una vez a Eulogio Horta, nuestro convecino en un bulding de New York, el significado de esas «tres bolas» con que se anuncian las casas de préstamos en aquella ciudad, nos contestó, con la sorna en él tan corriente, y la experiencia que poseía del asunto:

—Esas tres bolas significan que a la tercera vez, se queda para siempre la prenda empeñada en casa de «Padrino... y lo sacan a usted «out».

En un tiempo chispeaban los escaparates de las joyerías de Bernaza con las innúmeras piedras finas que lo adornaban, como en nuestro diáfano cielo tropical refulgen las luminosas constelaciones que lo esmaltan. Una de las joyerías más notables de esta calle era la de don Joaquín Ardavin, que estuvo abierta al público desde el año 1879 hasta el 1882, en que se trasladó a la calle del Obispo,

frente a Cernuda, y allí estuvo durante veinte y cinco años. En ella se labraron aquellos famosos puños de oro de bastones, que costaban 500, 800 y 1.200 pesos, y que lucieron en los suyos don Joaquín Lastre, don Segundo Alvarez, don José Arderius, el marqués de Ahumada, don Antonio González de Mendoza y otros próceres de aquella época. La esquina de esta calle la ocupaba el concurrido café «La Cebada», célebre por el refresco de su nombre, que despachaba en abundancia, y que ya citamos en nuestra postal «La Flazoleta de Monserrate». La casa de al lado, marcada entonces con el número 4, y hoy con el 54, por Bernaza, la ocupaba y la ocupa aun la centenaria farmacia «Santa Rosa». Para hablar detenidamente de esta casa necesitaríamos dedicarle a ella sola toda una vieja postal descolorida. En esta casa nació el poeta Gabriel de la Concepción Valdés, «Plácido», el día 18 de marzo de 1809, motivo por el que esta calle se llamó de «Plácido», hasta hace poco. En el año 1865 se abrió esta farmacia, adquiriéndola en el 67 el antiguo vecino de esta plaza don Francisco Aluja muy apreciado en los barrios del Cristo, San Felipe y Angel entre la juventud alegre de aquella época, por su especialidad en la curación rápida de toda clase de enfermedades...

Este señor Aluja era catalán, con muchos años de residencia en Cuba, y liberal en toda la acepción de la palabra. Militó en el partido reformista de Maura y fué uno de los políticos más fuertes del barrio del Cristo. Falleció el año 1919, dejando una estela de buenos recuerdos, y continuando hasta la fecha con la farmacia su estimado hijo el doctor Juan Aluja y Gastón.

En el número 6—hoy 56—se abrió hace cerca de cincuenta años la casa de joyería y préstamo «La Segunda Mina», que perteneció a los señores Manuel y Agapito Gómez, este último muy enfermo se embarcó para España y antes de llegar a Cádiz falleció. A estos señores Gómez sucedió Rufino Zatón, más conocido por el «Calvo», por tener la cabeza como una bola de billar, quien vendió al retirarse para España la casa a Ignacio García, que desenvuelve hoy sus actividades en la Moderna Poesía. El año 1880 se estableció en la casa número 8 el antiguo diamantista y joyero don Joaquín Ardavin Rey que antes citamos, procedente de Madrid, dedicándose con especialidad a los giros de platería, joyería y fábrica de medallas y efectos militares. Ardavin era tasador oficial de alhajas del Monte de Piedad, cargó que desempeñó hasta el año 1898. Llamábase su establecimiento «La Cruz de Oro». Tan pronto se trasladó a Obispo, se abrió en la misma casa una de préstamo bajo el título de «La Nueva Mina», siendo su propietario el señor Manuel Torriente, español muy afable, al que se le conocía por «Narices», a causa de tenerlas muy desarrolladas. El año 1920 se llevaba a cabo en esta casa una subasta de prendas, y al surgir una acalorada disputa entre un sujeto y el corredor de apellido Granados, éste le disparó un tiro a aquél, hiriéndolo de muerte. Granados fué sujeto a proceso, condenado e indultado más tarde por el Presidente Alfredo Zayas.

Los descoloridos de aquel tiempo recordamos las alegres cenas que se celebraban en esta calle, por iniciativa de don Manuel Torriente, y las divertidas bromas de Año Nuevo, días de Reyes y el de los Santos Inocentes. El número diez de esta calle lo ocupaba la casa de joyería y préstamo titulada «La Mina de Oro», propiedad de Genaro Suárez—el afable y popular Genaro—y Ramón Sánchez. Gozó de gran crédito por su formalidad y solvencia económica, hasta que por dificultades sociales, a la muerte del primer gerente, se extinguió, ocupando después la casa el taller de joyería de Eulogio Infiesta. En el número 12 trabajó muchos años el que tenía el público por el mejor relojero de la Habana, don José Rodríguez. En la casa de al lado, que era ya la esquina de Obrapia, estaba el café de don Tomás Piñón, escenario de peleas y espectáculos poco edificantes: cerrado el café, se establecieron allí los hermanos andaluces, joyeros Boyer, ya fallecidos: un recuerdo de juventud nos detiene largamente en esta esquina...

En esta esquina de Bernaza y Obrapia tuvo lugar la noche del 28 de diciembre de 1893, un lance de alta comicidad que recordamos complacidos los visitantes supervivientes de aquel escenario del primitivo Teatro Alhambra, donde el popular y aplaudido actor cómico «Piroló», hermano de Regino López, andaba tramando siempre alguna broma de buen género entre sus amigos. Sucedió que el galán de aquella compañía, el joven y enamorado actor, Carlos Sarzo, se prendó de una atrayente muchacha, a la que por aquellas noches le había dado la ocurrencia de asistir al referido teatro, sin otra finalidad, seguramente, que la de pasar un buen rato presenciando y aplaudiendo las chistosas obras que allí se representaban. Uno de aquellos días, el enamorado galán recibió, inopinadamente, por correo, una carta de la incógnita y bella dama, firmada por «La del Grillé», en la que le daba cita para aquella noche, en la dicha esquina de Obrapia y Bernaza, donde ella lo esperaba después de la una de la madrugada, guardando el mayor misterio, en un coche de plaza, levantado el tapacete, etc., etc. Dicho se está que el incauto galán acudió a la cita, todo él trepidante de emoción; pero al llegar el coche al sitio designado, poner Don Juan el pie en el estribo de aquél, e introducir el busto en el vehículo para imprimir un dulce ósculo en la mano de su ídolo... recibió en la cabeza un fuerte abanicazo, y oyó la voz de «Piroló» que, dentro del coche y vestido de mujer, le gritaba: «¡Inocente!», y de seguida el coro de silbidos, risas, frases de guasa y trompetillas de los que, advertidos por «Piroló», y convenientemente ocultos en las casas próximas, también se habían aprestado a tomar parte en la broma, que acabó en el Café Central con una alegre cena que le pagamos a escote entre todos, al embromado... Así éramos en aquella Habana de 1893.

Y ahora pasemos a la acera de los impares, que hoy está ocupada exclusivamente por la pared costanera de «La Moderna Poesía», y cuyas casas fueron adquiridas todas por el librero José López Rodríguez, «Pote». La casa número 5 fue ocupada por José María Quesada, quien

asociado a su hermano Elías, que aun vive, abrió en ella un comercio de préstamo y joyería nombrado «La Habanera». José María era asturiano, muy querido en aquella calle por su alegre carácter: falleció víctima de una terrible enfermedad, y pobre. En la número 7 existió una barbería denominada «Yamuná», nombre mitológico, y al lado había un catalán dedicado a la composición de instrumentos musicales de viento, trombones, cornetines, etc., teniendo a los vecinos locos con los sonidos estridentes que a todas horas lanzaban. Después se establecieron en esta casa los hermanos Antonio y Juan González, con muebles y joyerías, titulándose el establecimiento «El Brillante». Juan fue víctima de un robo de prendas de importancia. Durante la guerra de Independencia ocupó esta casa una armería titulada «Euskalduna», perteneciente al capitán de Voluntarios Francisco Cibrián, pasando después a ser de la propiedad de Basilio Zarasqueta, persona muy estimada y administrador que fue más tarde, del Frontón Jai-Alai.

En el número 7 existió, con salón espacioso, la barbería «La Sifide», cuyo propietario Ramón Villar se la vendió al conocido barbero catalán Miguel Lluch.

Existían por aquella época muchos acreditados y conocidos corredores de prendas; pero los que más se destacaban eran, Granados, al que ya nos referimos; Juan López, gijnero, que aun vive, y que sea por muchos años; Azpiazo, siempre bien vestido, alto, delgado, experto en joyas y brillantes; y el popularísimo «Sotico», al que se conocía por el mote de «Pariente», y que llamaba siempre a todo el mundo, cariñosamente, «Bizcochoate». Era grueso, de pies elegantes y muy pequeños, y a causa de haber perdido la vista, últimamente, andaba siempre en coche. Era muy formal en su trato, y ganó mucho dinero en este negocio de joyas. Murió casi tocando ya los setenta años. ¿Quién no recuerda a Sotico, a «Pariente», a «Bizcochoate», siempre afable y jovial? Su vida se deslizó con preferencia en la Acera del Louvre, y en el barrio de Monserate.

Y ahora vamos a dar fin a estos recuerdos, como diría un maestro compositor de música, con algunos ligeros arpeggios y distintas variaciones sobre el mismo tema.

o o o

No consta en la Historia que la Reina Isabel la Católica sacara de «casa de Padrino» las prendas que empeñó para descubrir el Nuevo Mundo: en todo caso, les ha cogido la prescripción; y las paletas han ido a parar a extrañas manos.

o o o

La vanidad es la característica de la mayor parte de los actores, hechas desde luego las excepciones que confirman la regla. Uno conocimos en nuestra larga vida de empresario, que poseía un solitario con un enorme brillante, de gran precio, el cual se complacía en sacar a escena, haciéndole brillar lo más posible ante los focos de la batería para deslumbrar al público, y, desde luego, despertar su envidia. Una noche, haciendo un papel de sablista en un juguete cómico, le tocó pedirle a un amigo un par de pesetas para comer; y el otro le respondió:

—Pero, amigo ¿pidiendo usted cuarenta centavos, y lleva en la mano una piedra que vale más de quinientos pesos?

El público rompió en un ruidoso y sostenido aplauso, mitad de elogio, para el artista que había dado contestación tan oportuna; mitad de censura para el actor vanidoso, que así le faltaba el respeto a la veracidad escénica.

o O o

Cuba puede envanecerse de haber poseído los brillantes más grandes y valiosos del mundo: el enorme del célebre Carneado, que llevaba en un macizo sortijón de oro; y los cuatro «soles» que ostentaba Santiago Pubillones en la pechera de la camisa, y que sacaba siempre que se presentaba en la pista...

o O o

¡Qué ajeno el infeliz guajiro cuando llama a sus bueyes, así cuando siembra el campo, como cuando acarrea sus frutos: ¡Ven acá, Fera Fina! ¡Tesia ya, Grano de Oro! ¡So... Diamante! que de su sudor, de sus afanes y de sus cosechas, han de brotar esos «Diamantes»; esos «Granos de Oro» y esas «Perlas Finas» con que la humanidad se engalana y luce en la feria universal de las vanidades!

o O o

El gran torero Juan Belmonte, el Fenómeno, pagó allá por el año 1912, 13, etc., en la popular Joyería de los Cuervo, veintisiete mil pesos por un aderezo de piedras finas y una pulsera de brillantes para regalárselo a su novia, al llegar a España: eso se llama «hundir el estoque hasta la empuñadura».

o O o

—¿Y tus prendas?  
—En Peñaranda.  
Peñaranda, pueblo del país de la bohemia y la necesidad, que debe estar hasta los topes de los infinitos objetos pignorables que a él han ido a parar en el devenir de los años...

o O o

Los «anillos de compromiso» han bajado mucho de importancia, y de precio. Ahora se alquilan por meses. Están abarrotadas de ellos LAS CASAS DE PADRINO.

*Dm; Tomo 29/41*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA